

VIVIR EL
CARISMA
AGUS
TINO

RECO
LETO

CON
ESPERANZA



agustinos
recoletos



VIVIR EL CARISMA AGUSTINO RECOLETO CON ESPERANZA

*"El carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu,
transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada,
profundizada y desarrollada constantemente en sintonía
con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne.
La índole propia lleva además consigo, un estilo particular de santificación y
apostolado, que va creando una tradición típica cuyos elementos objetivos
pueden ser fácilmente identificados y replicados"
(Mutuae Relationes 11).*

INTRODUCCIÓN

El carisma agustino recoleto responde, en su origen, a dos sueños. Primero, el sueño de san Agustín: *"Lo primero por lo que se han congregado en la comunidad, es para que habiten unánimes en la casa, y tengan una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios"* (Regla, 1,1). Y, segundo, como un anhelo de renovación frente a la dejadez con que se vivía la vida religiosa, al sueño de la recolección: *"Porque hay entre nosotros o, al menos, puede haber, algunos más amantes de la perfección monástica que desean seguir un plan de vida más austero, cuyo legítimo deseo debemos favorecer para no poner obstáculos al Espíritu Santo, [...] determinamos que en esta nuestra provincia se señalen o se levanten de nueva planta tres o más monasterios de varones y otros tantos de mujeres, en los que se practique una forma de vida más austera"* (Acta V del Capítulo de Toledo, 5 de diciembre de 1588).

¿Y cuál es el sueño de nuestro tiempo en torno al carisma agustino recoleto? Se dice que soñar no cuesta nada y que los sueños, sueños son. Sin embargo, los sueños son la expresión de la utopía del Evangelio que nos permite caminar, avanzar en la dirección adecuada. El inmovilismo es la peor pesadilla de la vida cristiana y, desde luego, de la vida religiosa. Por tanto, cabe la pregunta de qué sueños cultivamos para nuestro tiempo con relación a nuestro carisma, pues sin el profetismo de los sueños se corre el riesgo de solo sobrevivir, es decir, de vivir sin poesía. En este sentido, el sueño del profeta Joel hoy suena a poesía para nuestros oídos: *"Dice el Señor, derramaré mi espíritu sobre todos: sus hijos e hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños, sus jóvenes verán visiones"* (Joel 2,28). Esta es la utopía del carisma agustino recoleto: ancianos que aún sueñan y jóvenes que ven visiones.

Hace algunos años un anciano soñó una nueva esperanza para la vida cristiana: *"Nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como colaboradores de Dios, han contribuido a la salvación del mundo"* (Benedicto XVI, *Spe salvi* 35). Esta puede ser la visión que nos permita vivir el carisma agustino recoleto con esperanza: *abrirnos primero nosotros mismos y después abrir el mundo para que entre Dios, y con él, la verdad, el amor, el bien y la belleza*. Sería maravilloso divisar un mundo con Dios y desde Dios, y la familia agustino-recoleta alegre y comprometida en la búsqueda de lo único necesario para ser feliz...

1. Un carisma vivo

La celebración anual el día 05 de diciembre de la fundación de los agustinos recoletos, nos da la oportunidad de recordar el pasado de nuestra familia con gratitud; el Señor ha hecho maravillas en nosotros y estamos alegres (cf. *Salmo*

126,3). Al momento presente -año 2025- son ya 437 años de vida y de entrega de la propia vida para dar paso a la vida de Dios en la Iglesia y en el mundo. Celebrar este acontecimiento también nos permite renovar el don de nuestro carisma, de modo que consigamos actuarlo con pasión en las circunstancias históricas en las que ahora nos toca vivir. A su vez, esta celebración nos lleva a reflexionar sobre aquello que hay que ir preparando para que este carisma se mantenga vivo y vigoroso en el futuro, es decir, las condiciones en las que la familia agustino-recoleta ha de abrirse al futuro con esperanza.

El carisma agustino recoleto está vivo en quienes lo vivimos; nos atraviesa totalmente, nos agarra por dentro y nos permite organizar el sentido de toda nuestra vida humana y cristiana. Es un regalo del Espíritu a la Iglesia que nosotros, los agustinos recoletos, como parte de ella hemos tenido la fortuna de conocerlo, acogerlo en nuestro interior y de responder a sus llamadas. Y dado que el Espíritu Santo es el autor de este carisma, no tiene dueño humano y nadie puede atribuirse la exclusiva en su vivencia e interpretación. Simple y llanamente, lo hemos recibido a través del testimonio de quienes lo viven o lo han vivido y, a su vez, también nosotros somos una mediación para que otros lo puedan conocer y vivir.

Ahora bien, cuando se habla del carisma agustino recoleto cabría preguntarse sobre qué estamos hablando en concreto, es decir, cuál es el contenido básico y esencial que define este carisma. Muchas familias religiosas, sobre todo las más recientes, centran el contenido de su carisma en el tipo de apostolado para el cual surgieron, como puede ser la formación en la fe de los jóvenes (Salesianos), la educación integral (Hermanos maristas), la atención del campo de la sanidad (Siervas de la caridad o Camilos), el cuidado de los enfermos en sus hogares (Siervas de María), etc. Pero este no es el caso de los agustinos recoletos, ni el de otras familias religiosas, como los franciscanos o los jesuitas.

Antes de entrar de lleno en lo que podría ser el contenido concreto del carisma agustino recoleto, planteo tres hipótesis que componen el imaginario de lo que a veces se define como "lo" agustino recoleto. Estaríamos hablando, en primer lugar, de un "carisma agustiniano" vivido con "espíritu recoleto". Este enfoque permitiría hablar de *los agustinos recoletos* como de aquellos que, por vocación, abrazan una *versión renovada* del carisma agustiniano. En segundo lugar, podríamos hablar de un "carisma recoleto" enriquecido con elementos propios de la espiritualidad agustiniana. En este caso estaríamos hablando de los *"recoletos de san Agustín"*. El acento recaería en aquellos rasgos de la vida religiosa que impulsaron, en primer lugar, los franciscanos italianos a través del movimiento de la estricta observancia (1334-1368), y, en segundo lugar, lo establecido en el concilio de Trento (1545-1563); que, en el caso de los agustinos recoletos, se nutriría con elementos de la espiritualidad agustiniana.

En tercer lugar, tendríamos un "*carisma agustiniano*" vivido con *retoques recoletos* que, con el paso de los años, han perdido su fuerza y se han difuminado ante la tiranía de la inercia y la seducción de lo mundano. Entonces, dado que los aspectos recoletos han venido a menos, hablaríamos de *agustinos* sin más.

De modo que la diferencia entre los agustinos recoletos y los agustinos no sería ni cualitativa, ni cuantitativa, ni sustancial, sino solo accidental y circunstancial. Lo único que diferenciaría a unos de los otros sería su recorrido histórico y la peculiaridad de las culturas donde se encuentran presentes sus comunidades. La única diferencia sería más bien de orden externo, y se centraría en "*un metro de tela*", claro, en el supuesto caso de que unos y otros religiosos aún usaran el hábito. A medida que reflexionemos, iremos encontrando las claves que nos ayuden a llegar, en principio, a una conclusión clara.

2. La eclesiología del Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II (1962-1965) es el clima eclesial en que mejor se comprenden los conceptos de "carisma", "vocación" y "ministerio". En la eclesiología del Concilio se reclaman mutuamente y entre los tres tejen la visión creyente del ser humano y una aproximación riquísima a la condición cristiana en el mundo. En particular, la *Constitución dogmática* sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, o *Luz de los pueblos*, desarrolla en el segundo capítulo la teología de Pueblo de Dios. Expresa que en la Iglesia, Pueblo de Dios y la comunidad de los bautizados, el seguimiento de Jesucristo se realiza a través de carismas, vocaciones y ministerios. En concreto, los números del 9 al 17 son un concentrado de este nuevo ecosistema eclesial.

La teología sobre el Pueblo de Dios que se desarrolla en el capítulo segundo de la *Lumen Gentium* incluye los tres conceptos ya mencionados, y aporta matices muy ricos sobre cada uno de ellos. Así, sobre los carismas se habla en el número 12; ahí se recoge la teología paulina de la *primera Carta a los Corintios* (cf. *1 Cor* 12,7.11). A propósito del carisma, cabe destacar la cita número 21 a pie de página en la que se vuelve a mencionar la misma carta paulina y se añade un comentario de san Agustín en donde se afirma: "*No sólo la continencia, sino también la castidad conyugal es don de Dios*" (*Sobre el don de la perseverancia* 14,37). Este es el texto paulino más conocido en relación con los carismas:

"Existen diversos carismas, pero un mismo Espíritu. Así, uno por el Espíritu tiene el don de hablar con sabiduría, otro según el mismo Espíritu el de enseñar cosas profundas, a otro por el mismo Espíritu se le da la fe, a éste por el único Espíritu se le da el don de sanaciones, a aquél realizar milagros, a uno el don de profecía, a otros el don de discernimiento, a éste de hablar en lenguas diversas, a aquél el don de interpretarlas" (*1 Cor* 12,4.8-10).

Respecto a la vocación y a las vocaciones, en el número 11 se habla de la vocación común bautismal y se anima a los padres de familia a fomentar la vocación particular de los hijos, con especial cuidado la vocación sagrada, refiriéndose con ello a la vida consagrada y el ministerio ordenado. En el número

16 aparece de nuevo una alusión a la vocación, en este caso referida al pueblo de la primera alianza, el pueblo de la elección. Más adelante, el documento desarrolla una amplia teología de las vocaciones específicas: el capítulo 3 sobre *los ministros ordenados*, el capítulo 4 sobre *los laicos*, el capítulo 5 sobre *la vocación universal a la santidad*, y el capítulo 6 sobre *los religiosos*. Un dato relevante es que el concepto de vocación y de misión aparecen entrelazados en todo el documento, quedando claro que la llamada es para la misión.

A partir de esta eclesiología, ¿cómo describir la vocación cristiana en general y en particular? La vocación se definiría como el maravilloso acontecer de la vida cristiana. La vocación cristiana sería la dignidad común de los bautizados, y las vocaciones específicas, la manera real y concreta de vivir la esencia de la vida cristiana. Por lo cual, la vocación cristiana específica puede describirse como una llamada divina que se manifiesta como una intuición irrenunciable clavada en el corazón. Algo así como la certeza de fe de que Dios cuenta con la persona para algo que solo ella y nadie más puede llevar a cabo en este mundo. El Papa argentino señaló al respecto: *"yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo"* (Papa Francisco, *Evangelii gaudium* 273).

Acerca de los ministerios, la *Lumen Gentium* dice que el Espíritu Santo *"distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios"* (1 Co 12,1-11). Y añade que Cristo *"enriquece constantemente su cuerpo, que es la Iglesia, con los dones de los ministerios, por los cuales nos prestamos mutuamente los servicios para la salvación, de modo que, viviendo la verdad en caridad, crezcamos por todos los medios en Él, que es nuestra Cabeza (cf. Ef 4,11-16)"* (Lumen gentium 7). Y a continuación habla de los ministerios propios que se siguen de cada vocación.

Los ministerios son servicios que responden, en parte, a los carismas personales. Todos los cristianos hemos recibido alguno o algunos en virtud de nuestro bautismo. Ahora bien, los ministerios también responden a la concreción de la vocación cristiana particular. A través de los ministerios se desarrolla el don de la vocación y se potencian los carismas personales. Así, tenemos, por ejemplo, que los ministros ordenados por el sacramento del Orden se configuran con Cristo, Cabeza y Pastor, para la santificación y edificación del Pueblo de Dios.

De igual manera, existen los ministerios laicales instituidos, como son el acolitado y el lectorado, y los ministerios laicales no instituidos, como es el caso del catequista. Cabe decir que la eclesiología del Concilio Vaticano II enfocó la vida religiosa consagrada como un ministerio en sí mismo y se refirió a ella como signo, memoria y profecía. Estaríamos hablando de su valor testimonial porque el estilo de seguimiento radical de Jesucristo es ya, de por sí, un servicio a la Iglesia y al mundo. No obstante, los consagrados también asuman varios ministerios eclesiales en la evangelización. Por último, hay que indicar que, para todas las vocaciones particulares, cualquier ministerio eclesial responde siempre a una encomienda por parte de la autoridad competente; nadie se

asigna a sí mismo un ministerio en la comunidad por muy competente que sea, sino que lo recibe por encargo o encomienda.

3. La teología del carisma y de los carismas en la vida religiosa consagrada

Un ámbito de la vida de la Iglesia donde se ha acogido con mucho interés la eclesiología del Concilio Vaticano II ha sido la vida religiosa. La prueba de ello está en que tras finalizar el Concilio los diferentes pontífices, por una parte, y el Dicasterio para los religiosos, por otra, han publicado en torno a treinta documentos en los que se abordan diferentes cuestiones y asuntos relacionados con la vida consagrada en la Iglesia. También se dedicó la novena Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos del año 1994, para reflexionar sobre la vida consagrada y su vocación en la Iglesia y en el mundo. Se promulgó la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* en el año 1996, sobre la vocación y la misión de la vida consagrada en la Iglesia y en el mundo. Más recientemente, el Papa Francisco convocó para toda la Iglesia un año sobre la vida consagrada en el 2015.

Esta ola del Espíritu Santo tuvo su inicio en el capítulo sexto de la *Lumen gentium* sobre los religiosos, en donde se ofreció un nuevo horizonte para la vida consagrada. A partir de ese momento se situó la vida religiosa en el horizonte de la vida de santidad de la Iglesia: *"el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad"* (*Lumen gentium* 44). Algunos años después, el Papa Pablo VI habló del carisma de los fundadores en términos muy parecidos en su exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (1971), sobre la renovación de la vida religiosa según las enseñanzas del Concilio:

"Despertad de nuevo los corazones a la verdad y al amor divino, según el carisma de vuestros fundadores, suscitados por Dios en su Iglesia. No de otra manera insiste justamente el Concilio sobre la obligación, para religiosos y religiosas de ser fieles al Espíritu de sus fundadores, a sus intenciones evangélicas, al ejemplo de su santidad, poniendo en esto uno de los criterios más seguros para aquello que cada Instituto debería emprender. El carisma de la vida religiosa, en realidad, lejos de ser un impulso nacido de la carne y de la sangre, u originado por una mentalidad que se conforma al mundo presente, es el fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia" (Pablo VI, *Evangelica testificatio* 11).

A propósito del carisma y de los carismas en la vida religiosa, resulta particularmente relevante un documento del Dicasterio para los religiosos. Estamos hablando de *Mutuae relationes, Las relaciones mutuas*, del 14 de mayo del 1978. Este escrito aportó criterios directivos para las relaciones entre los obispos y los religiosos, de modo que tales relaciones fueran mucho más

transparentes y respetuosas con el carisma y la fisionomía propios de cada instituto religioso. A continuación, citamos un número del documento en el que se habla del carisma en términos muy precisos:

"El carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu (cf. Evang. test. 11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne. La índole propia lleva además consigo, un estilo particular de santificación y apostolado, que va creando una tradición típica cuyos elementos objetivos pueden ser fácilmente identificados y replicados" (Mutuae Relationes 11).

Como puede observarse, aparece de nuevo la expresión *el carisma de los fundadores* que, para algunos institutos, se refiere a una persona en concreto y, para otros, dos o más. Acto seguido, cita la exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelica testificatio* y define el carisma de los fundadores como una experiencia en el Espíritu. Este concepto de *"experiencia en el Espíritu"* será de gran relevancia para la teología posterior de los carismas en la vida consagrada. Es precisamente esa experiencia en el Espíritu la que ha de ser *transmitida* a los nuevos miembros del instituto, para ser por ellos *vivida, custodiada, profundizada y desarrollada* constantemente en armonía con la Iglesia, que también está en constante crecimiento.

Este sintagma concentra los deberes de un instituto en relación con su propio carisma. Se trata de algo que suscita el Espíritu a través del fundador o de los fundadores, y que contiene un tipo de experiencia profunda y lograda, de modo que origina que nuevos discípulos se vinculen a esa persona o personas por su experiencia espiritual cristiana. Y los nuevos discípulos tienen la encomienda de vivir ese carisma, custodiarlo, profundizarlo, desarrollarlo y entregarlo a la Iglesia, para el provecho de todos. Valdría la pena que retuviéramos estos cinco verbos como tareas fundamentales en torno al carisma de una familia religiosa: vivir, custodiar, profundizar, desarrollar y entregar. El carisma, al ser una experiencia en el Espíritu, es algo que el mismo Espíritu mantiene vivo en aquellos que se sienten convocados a vivirlo.

En ese mismo párrafo que hemos citado aparece el concepto de *"la índole propia"* para referirse al carisma; es una expresión que ya había usado antes Pablo VI (cf. *Evangelica testificatio* 12). El carisma o la índole propia lleva consigo, como se dice en *Mutuae relationes*, un estilo particular de santificación, un apostolado, una tradición típica, elementos objetivos que permiten identificar al carisma y la posibilidad de poder replicarlos. Este concentrado de expresiones da pie para hablar de lo propio y específico de un carisma: su espiritualidad o estilo propio de santificación, la misión a través de las presencias y ministerios o lo que llamaríamos apostolado, una historia o la tradición típica del instituto, y un itinerario discipular para alcanzar la santidad. Esto se hace posible a través de la experiencia de aquellos elementos objetivos del carisma que pueden ser

fácilmente identificados y, con la ayuda de la gracia, vividos como un estilo de vida.

El enfoque de este documento circunscribe la comprensión del carisma a la vida religiosa y a los religiosos del propio instituto que lo viven, y a aquellos otros institutos religiosos vinculados al carisma. Aparece claro que se pide a la vida religiosa que entregue el carisma a la Iglesia para que otros se beneficien de su riqueza. Pero aún no se insinúa en qué medida aquellos que lo viven, como es el caso de los laicos, están llamados también a ser parte activa en la tarea de profundización y desarrollo del carisma. De hecho, habrá que esperar algunos años más para que se hable de la *“familia carismática”*, en la que ya se incluye a los laicos como miembros con derechos y deberes en relación con el carisma. Esto ocurrirá explícitamente en la *Carta* del Papa Francisco *dirigida a los consagrados*, el 21 de noviembre del 2014 con ocasión del Año de la vida consagrada. He aquí el texto:

“Con esta Carta me dirijo, además de a las personas consagradas, a los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión. Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa, y también de las Sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la «familia carismática», que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.

También os animo a vosotros, fieles laicos, a vivir este Año de la Vida Consagrada como una gracia que os puede hacer más conscientes del don recibido. Celebradlo con toda la «familia» para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual. En algunas ocasiones, cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudaros recíprocamente” (Papa Francisco, Carta a los consagrados 3,1).

Esta nueva dinámica de ser todos, religiosos y laicos, constructores activos de la familia carismática es, pues, una práctica mucho más reciente. Podría decirse que es una de las novedades que ha suscitado el Espíritu Santo a través del Papa Francisco y que ha estado presente en todo el proceso del Sínodo de la sinodalidad (2021-2024). No obstante, en honor a la verdad, habría también que decir que se cuenta con el testimonio de laicos a lo largo de la historia de la Iglesia que, asociados a alguna familia religiosa, se beneficiaban de su espiritualidad y compartían codo a codo tareas en la evangelización. Este es el caso de santa Magdalena de Nagasaki y de otros muchos laicos en la iglesia de Japón.

Estos apuntes acerca del carisma y de los carismas en la vida religiosa consagrada, nos permitirán ahora arrojar luz sobre algunos aspectos importantes del carisma agustino recoleto, y sobre algunas particularidades de la familia carismática “agustino-recoleta”, referida tanto a institutos religiosos como comunidades de laicos. Por lo cual, para avanzar en la identificación de los rasgos agustinianos y recoletos de este carisma, será también importante abordar diversas cuestiones relacionadas tanto con el carisma de san Agustín, como con el carisma agustiniano. Este ejercicio nos permitirá percibir la íntima y armoniosa unidad con la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia el carisma agustino recoleto.

a. El carisma de san Agustín

El carisma de san Agustín hace alusión a la *experiencia espiritual cristiana* del santo, que él mismo nos ha transmitido a través de sus distintos escritos. Además, en el caso del obispo de Hipona, también se cuenta con el testimonio escrito de una persona que lo conoció directamente; nos referimos a la *Vida de Agustín* escrita por su amigo Posidio. Y dado que se conservan también muchas de sus cartas, es posible tener acceso directo a la vida, el pensamiento y las distintas vivencias espirituales del santo. De igual forma, la experiencia de vida monástica que él planteó y que está contenida en sus obras monásticas, en particular en *La Regla de los monjes*, lo convierten, en el sentido estricto de la palabra, en fundador.

A partir de toda esta documentación podemos establecer un elenco de varios de los rasgos de la vida cristiana que acentuó el obispo de Hipona y que, en su conjunto, dan origen al “*carisma de san Agustín*” y que, a su vez, hace de él una *persona carismática*. Todos esos rasgos que definen el carisma de san Agustín, de acuerdo con el magisterio reciente sobre la Vida consagrada, se revelan como una *experiencia en el Espíritu* que ha de ser transmitida a los discípulos, para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada.

Sin afán de ser exhaustivos y sin entrar en ningún tipo de desarrollo, a continuación, se mencionan algunos de los rasgos del carisma de san Agustín y se ejemplifican con un texto.

El proceso de la interioridad trascendida:

“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (*Sobre la verdadera religión* 39,72).

La vida de comunidad y el amor de amistad:

"Preciosa es la amistad de los hombres por la unión que hace de muchas almas con el dulce nudo del amor" (*Confesiones* 2,10).

El servicio a la Iglesia:

"Servidor soy de su Iglesia, máxime de sus miembros más débiles, sin que importe saber qué clase de miembro soy respecto al cuerpo entero" (*El trabajo de los monjes* 29,37).

La referencia constante al misterio de la encarnación:

"¡Gran acto de misericordia: se hizo hombre por el hombre; se hizo hombre el creador del hombre! Nada extraordinario era para Cristo ser lo que era, pero quiso que fuera cosa grandiosa el hacerse él lo que había hecho. ¿Qué significa «hacerse él lo que había hecho»? Hacerse hombre quien había hecho al hombre. He aquí su obra de misericordia" (*Sermón* 229H,1).

La centralidad de la Palabra de Dios:

"No con conciencia dudosa, sino cierta, yo te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu Palabra y te amé" (*Confesiones* 10,8).

La humildad:

"Cuando dices: *Danos hoy nuestro pan de cada día*, te proclamas mendigo de Dios. Pero no te ruborices; por rico que sea uno en la tierra, es mendigo de Dios. Está de pie el mendigo a la puerta del rico; pero también este rico está de pie a la puerta del Gran rico. Le piden a él y pide él. Si no sintiese necesidad, no llamaría mediante la oración a los oídos de Dios" (*Sermón* 56,9).

La búsqueda y el encuentro:

"Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez" (*Sobre la Trinidad* 15,2,2).

El deseo de Dios:

"El vivir bien aquí no tiene el mismo valor que lo que deseas aquí, aunque, si tales cosas deseas, no vives bien. Si quieres cambiar tu vida, cambia tus deseos. Manten tu fidelidad a Dios para ser feliz en la tierra" (*Sermón* 345,7).

La inquietud del corazón:

"Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (*Confesiones 1,1*).

La condición de ser peregrinos:

"Miren que somos viandantes. Me preguntan: ¿Qué significa caminar? Les respondo en pocas palabras: Avanzar, no sea que por no entenderlo caminen con mayor pereza. Avancen, hermanos míos; examínense continuamente sin engañaros, sin adulación ni vanagloria. Nadie hay contigo en tu interior ante el que te avergüences o te jactes. Allí hay alguien, pero uno al que le agrada la humildad; sea él quien te ponga a prueba. Ponte a prueba también tú mismo. Te desagrada siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres, pues donde hallaste complacencia en ti, allí te quedaste. Si dices: es suficiente, también percaste. Añade siempre algo, camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Quien no avanza, queda parado; quien vuelve a las cosas de las que se había alejado, retrocede; quien se parta de la fe, se desvía. Mejor va un cojo por el camino que un corredor fuera de él. Vueltos al Señor... (*Sermón 169,18*).

El dinamismo de la conversión:

"Desde cuando me he vuelto a ti, fui renovado por ti, que me creaste; fui renovado porque fui creado; fui reformado porque fui formado. Desde el instante de mi conversión, aprendí que no precedieron méritos algunos míos, sino que me diste gratuitamente tu gracia, para que me acordase de tu sola justicia" (*Comentario al Salmo 70,2,2*).

La confesión de sus pecados, de fe, de alabanza:

"Grande eres, Señor, y muy digno de alabanza; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que *resistes a los soberbios*? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte" (*Confesiones 1,1*).

La purificación del corazón:

"Ciertamente, Señor, trabajo en ello y trabajo en mí mismo, y me he hecho a mí mismo tierra de dificultad y de excesivo sudor. Porque no exploramos ahora las regiones del cielo, ni medimos la distancia de los astros, ni buscamos los cimientos de la tierra; soy yo, el que recuerda, yo, el alma" (*Confesiones 10,25*). Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no

habrá más trabajo ni dolor para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Mas ahora, como al que tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti" (*Confesiones* 10,39; cf. *Confesiones* 10,39-64).

El cuidado de los pobres:

"Si hay que traspasar lo que tenemos, ha de hacerse al lugar donde no lo perdamos. Los pobres a quienes se lo damos, ¿qué son sino nuestros portaequipajes, que nos ayudan a traspasarlo de la tierra al cielo? Lo entregas a tu portaequipaje y él lleva al cielo lo que le das. «¿Cómo -dices- lo lleva al cielo? Estoy viendo que lo consume en comida». Así es precisamente como lo traslada, comiéndolo en vez de conservarlo. ¿O es que te has olvidado de las palabras del Señor? *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino. Pues tuve hambre, y me disteis de comer; y: Cuando lo hicisteis con uno de mis pequeños, conmigo lo hicisteis.* Si no despreciaste a quien mendigaba en tu presencia, mira a quién llegó lo que diste: *Cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeños, conmigo lo hicisteis.* Lo que diste lo recibió Cristo; lo recibió quien te dio qué dar; lo recibió quien al final se te dará a sí mismo" (*Sermón* 389,4).

b. El carisma agustiniano

Una vez que hemos enfocado el *carisma de Agustín* vamos ahora a considerar el impacto que su experiencia en el Espíritu tuvo para otras personas que, para efectos prácticos, podríamos denominar sus discípulos. Este colectivo de afines al carisma de san Agustín surgió prácticamente con la puesta en marcha de su proyecto de vida monástica. El carisma de san Agustín entró en diálogo con los carismas personales de quienes también abrazaron aquella experiencia. De este modo, la inspiración original del obispo de Hipona fue creciendo y adquiriendo nuevos matices. *La Regla* fue su escrito que particularmente concentró aquel sueño de vida en comunidad y de búsqueda compartida de Dios. Así, con el paso de los años, el carisma de san Agustín se fue transformando en el carisma "*agustiniano*".

¿Qué es el carisma agustiniano? Se trata del carisma de san Agustín, pero profundizado y enriquecido por quienes han abrazado el propósito de "*tener una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios en comunidad de hermanos*". Son ahora los discípulos los que hacen crecer y desplegar la experiencia en el Espíritu del maestro Agustín, en circulación ya por dieciséis siglos en la Iglesia. El carisma agustiniano está vivo en la experiencia actual de quienes abrazan la vida en comunidad bajo la inspiración del santo del corazón inquieto. El carisma se recibe como un regalo del mismo Espíritu para ser vivido, de modo que quienes lo vivan sean mediación de este y lo transmitan a las nuevas generaciones como una experiencia de vida.

El carisma agustiniano también está vivo en las fuentes de la espiritualidad agustiniana, comenzando por los escritos de san Agustín, y siguiendo por

todos aquellos hermanos y hermanas que han enriquecido el carisma del santo con sus carismas personales, ya sea a través de sus escritos, ya con la santidad de su vida. Y aunque más adelante se comentará con mayor amplitud lo correspondiente a la espiritualidad agustiniana, de momento señalar que esta se contiene principalmente en las fuentes sobre todo escritas. En ellas, los hermanos y hermanas que han vivido el carisma agustiniano comunican su experiencia de Dios inspirados en la experiencia del obispo de Hipona. Más aún, son fuentes de la espiritualidad agustiniana porque contienen la experiencia de santidad de quienes han vivido el carisma de san Agustín como un proyecto para alcanzar la plenitud en el amor.

Para que se comprenda más concretamente lo expuesto sobre el *carisma agustiniano*, acudimos ahora a algunos ejemplos de santos y santas de la familia agustiniana que han vivido el carisma de san Agustín de forma excelente y que, en su conjunto, desarrollan y ensanchan los horizontes del carisma agustiniano. Estos ejemplos los presentamos a partir de una oración que circula en internet y en las redes sociales, y que tiene por autor a Raúl Díaz Corbo.

- Dame *la perseverancia* de **Mónica** para que en la oración te busque y te encuentre.
- Dame *el fuego del corazón* de **Agustín** para amarte apasionadamente.
- Dame *el espíritu fraterno y comunitario* de **Alipio** y **Posidio** para servirte en mis hermanos y con ellos.
- Dame *la hospitalidad* de **Nicolás de Tolentino** para que siendo tú mi Huésped, te sirva con gusto y con esmero.
- Dame *la humildad y la sabiduría* de **Clara de Montefalco** para conocer tu voluntad y saber aceptar la cruz de cada día.
- Dame *la fidelidad y obediencia* de **Rita de Casia** para cumplir lo que pidas, aunque parezca imposible.
- Dame *el valor y la generosidad* de **Tomás de Villanueva** para predicarte frente a reyes y mendigos.
- Dame *el espíritu contemplativo* de **Alonso de Orozco** para interiorizar, gustar y vivir tu Palabra.
- Dame *la pasión por la Eucaristía* de **Juan de Sahagún** para deleitarme internamente al celebrarla.
- Dame *el amor a la Iglesia* de **Juan Stone** para vivir siempre en comunión y en unidad con ella, al punto de proteger esa unidad con la entrega de la propia vida.

c. El carisma agustino recoleto

Un carisma es una realidad vida, dinámica y abierta a las sorpresas, pues su autor es el Espíritu Santo, a quien profesamos Señor y dador de vida, dinamizador de la condición cristiana, actor de novedad, impulsor de la creatividad del amor. De manera que, en un contexto histórico muy peculiar, quienes vivían el carisma agustiniano se plantearon, para no poner obstáculos al Espíritu Santo, impulsar su renovación. Seguramente aquellos agustinos de la provincia de Castilla reunidos en Toledo en capítulo provincial no dimensionaron las consecuencias que tendría aquella Acta quinta del día 05 de diciembre del 1588. Sin embargo, el Espíritu Santo aprovechó muy bien aquella coyuntura histórica para impulsar la reforma del carisma agustiniano que, muy pronto, dio paso al carisma agustino recoleto.

En el contexto de América Latina, en Colombia, surgió otro brote de recolección agustiniana. Así, a finales del siglo XVI el sacerdote agustino Mateo Delgado entró en contacto con unos ermitaños que habían construido una ermita a la Virgen de la Candelaria a orillas del río Gachaneca, donde actualmente se encuentra el Convento de El Desierto de la Candelaria, en Ráquira, Boyacá. A estos ermitaños les aconsejó que buscaran apoyo en los superiores de su Orden para transformar la ermita en un convento regular e implantar el estilo propio de las recolecciones.

Los ermitaños acogieron el consejo y en mayo de 1604 ofrecieron la ermita a la provincia agustiniana de Colombia con la condición de que colocaran en ella religiosos recoletos; el 29 de junio de ese año el consejo provincial aceptó la donación y encomendó al Provincial, padre Vicente Mallol, la redacción de los estatutos que deberían vivir los religiosos. El padre Vicente Mallol ejecutó el mandato del consejo con prontitud, y el 12 de agosto un delegado tomaba posesión de la ermita e imponía el hábito a los primeros recoletos colombianos. En 1629 se unieron a los recoletos españoles y fortalecieron una experiencia reformada que lentamente fue marcando su huella en la historia. Pronto los muros del primitivo convento resultaron estrechos para alojar a quienes deseaban abrazar el ideal agustino recoleto y por ello en el giro de pocos años de fueron fundados nuevos conventos en Colombia y Panamá.

¿Qué es el carisma agustino recoleto? Se trata del *carisma agustiniano*, pero vivido con un *espíritu recoleto*; sería una “versión” recoleta de lo agustiniano. La recolección, en cuanto movimiento de reforma del siglo XVI, se concentró en avivar el “amor a Dios”, cuidando todo lo que más de cerca a ello encendiera a los que abrazaban aquel género de vida más austero. Ciertamente la vivencia del carisma de san Agustín había perdido mordiente en muchos de los contextos de los conventos agustinos. No obstante, en los mismos conventos agustinos se respiraba un deseo de una vida más auténtica y apegada a lo que se consideraba que eran la inspiración de los orígenes. Aquellos frailes conocían a san Agustín a través del imaginario de la espiritualidad que circulaba por los conventos.

Cabría formular la siguiente pregunta, ¿qué versión de san Agustín y de la vida monástica tenían aquellos religiosos de los conventos agustinos que se planteaban la renovación o la vuelta a los orígenes? En otras palabras, ¿bajo qué supuestos imaginaban la reforma de lo agustiniano? Desde luego que se enfocaban en *una manera de entender a san Agustín*, quizá muy mediada por la espiritualidad dominante del momento, a la que se pretendía volver a acceder como estilo de vida en los conventos. El mayor influjo provenía del movimiento franciscano de la estricta observancia; ellos fueron los grandes propagadores de la vida monástica agustiniana en clave de austeridad y vida conventual más amante de la perfección.

Los agustinos ciertamente no desconocían la figura y el pensamiento de san Agustín, pero los primeros frailes agustinos recoletos miraron hacia otro lado, hacia la presencia del obispo de Hipona en las fuentes en las que querían inspirar su reforma, que procedían en su inmensa mayoría de la observancia franciscana o influidas por esta. De hecho, la *Forma de vivir*, aunque cite un par de veces a san Agustín, apenas aporta rasgos relevantes de su inspiración monástica, sino que se concentra fundamentalmente en procurar una vida más austera a partir de un nuevo andamiaje normativo instaurado ya en otras familias religiosas reformadas. Sin embargo, esto no quiere decir que el escrito no reúna una rica propuesta de contenidos a partir de los cuales impulsar una renovación profunda de la vida religiosa.

La reforma de lo agustiniano que se propone desde lo recoleto, por lo anteriormente dicho, se perfila como una "*espiritualidad*" de renovación, como un espíritu o ánimo para vivir con nuevas fuerzas, nuevo entusiasmo y empeño lo agustiniano; se entendiera lo agustiniano como se entendiera en aquel momento. El anhelo de reforma que impulsa el Espíritu Santo se concentra en ese "*espíritu recoleto*" a partir del cual se desea vivir con más perfección el carisma agustiniano. Este *espíritu recoleto* comprende algunas de las siguientes características; aquí recogeremos algunas de ellas, pero podrían añadirse muchas más:

Tender a la perfección de la caridad para con Dios y para con los hermanos:

"Nuestro cuidado ha de ser en que se guarde con pureza y perfección la caridad" (*Forma de vivir*, Prólogo 1).

"Del amor de Dios nace la caridad con el prójimo; y así, la paz de los religiosos entre sí es muy cierta señal de que el Espíritu Santo vive en ellos" (*Forma de vivir* 2,1).

"El amor se conserva mejor entre pocos, y crece más con la igualdad, porque naturalmente se aman los semejantes" (*Forma de vivir* 2,2).

"Deseamos que el tratamiento de todos sea igual, así les encargamos a los responsables de la comunidad que tengan en cuenta a los flacos, y que los provean según sus flaquezas" (*Forma de vivir* 2,3).

Practicar la mortificación, ascesis y el desasimiento:

"Porque el fin del cristiano es la caridad, y porque no la alcanza con perfección si no es quien se niega ni mortifica a sí mismo; por eso todas las religiones, que caminan a la perfección de esta virtud, profesan pobreza y obediencia y castidad, que son las cosas con que el corazón del hombre se niega a sí mismo y se desase [desapega] de todo" (*Forma de vivir*, Prólogo 1).

"En la mortificación de los afectos está la vida del espíritu, que va creciendo a la medida que en nosotros mueren las pasiones y aficiones de nuestro propio amor y sentidos" (*Forma de vivir* 13,1).

Cultivar el ejercicio de la oración y la meditación:

"Así como nuestro blanco es el amar a Dios, así nuestro cuidado ha de ser principal todo lo que de más cerca a ello nos enciende, como es su culto y alabanzas, y el uso de los sacramentos y el ejercicio de la meditación y oración" (*Forma de vivir* 1,1).

"Como la oración sirve a la caridad para encender amor de Dios en el alma, así el ayuno y asperezas sirven a la oración mitigando las pasiones, que con su fuerza impiden el levantamiento del espíritu" (*Forma de vivir* 5,1).

Cuidar el culto divino:

"Así como nuestro blanco es el amar a Dios, así nuestro cuidado ha de ser principal todo lo que de más cerca a ello nos enciende, como es su culto y alabanzas, y el uso de los sacramentos" (*Forma de vivir* 1,1).

Observar unas normas bien dispuestas:

"Para la perfecta guarda de la caridad son dos cosas necesarias: ánimo pronto y bien dispuesto, y leyes bien ordenadas, dejando la prontitud del ánimo a Dios, que es quien la inspira y alienta, nos ocupamos de las leyes" (*Forma de vivir*, Prólogo 2).

Vivir una vida sobria:

"En todo y por todas partes, eche la pobreza rayos de sí en los monasterios" (*Forma de vivir* 4,6).

Al igual que el carisma agustiniano, al carisma agustino recoleta se lo encuentra vivo en quienes lo viven, es decir, en quienes abrazan la vida en comunidad bajo la inspiración de san Agustín y de la recolección agustiniana. Recordemos, una vez más, que el carisma es un regalo del Espíritu para ser vivido, de modo que quienes lo vivan, lo puedan transmitir a las nuevas generaciones como una experiencia de vida. Ahora bien, el carisma agustino recoleta también está vivo en las fuentes de la espiritualidad agustino-recoleta, comenzando por la *Forma de vivir de los frailes agustinos descalzos* escrita por fray Luis de León, y siguiendo por todos aquellos hermanos y hermanas que han enriquecido este carisma con sus carismas personales mediante sus escritos y la santidad de sus vidas.

Y aunque se comentará más adelante lo correspondiente a la espiritualidad agustino-recoleta, es oportuno ahora señalar que esta se concentra fundamentalmente en las fuentes sobre todo escritas, en las que se comunica la experiencia de aquellos que han vivido este carisma. Y son fuentes de la espiritualidad agustino-recoleta porque contienen la experiencia de santidad de quienes han abrazado el carisma agustino recoleta y lo han vivido como un camino de santidad, ya sea que estén o no canonizados por la Iglesia. Desde luego que la prioridad la tienen los santos oficialmente canonizados.

Al igual que con el carisma agustiniano, acudimos a algunos ejemplos de santos y santas de la familia agustino-recoleta que han vivido este carisma de forma excelente y que, en su conjunto, amplían los horizontes del carisma agustino recoleta. Una vez más nos servirá de ayuda la oración de las letanías agustinianas de Raúl Díaz Corbo entre las que, en este caso, se incluyen algunas más que no son originales de su autor, pero que guardan el mismo estilo. Estos santos o en camino de serlo, encarnan varios de los rasgos de la "recolección" plasmados en la *Forma de vivir de los frailes agustinos descalzos*. Ellos son algunos de los que han vivido el carisma agustiniano con un espíritu recoleta:

- Dame el *ardor por Cristo* de **Mariana de san José** para *abrir nuevos horizontes* en la *contemplación y la búsqueda en común* de lo único necesario.
- Dame la *pasión por la misión* de **Martín de san Nicolás y Melchor de san Agustín** hasta derramar la sangre por Cristo en tierras de misión.
- Dame el *coraje* de **Magdalena de Nagasaki** para enfrentar las dificultades sin temor.
- Dame el *ardor misionero* de **Ezequiel Moreno** para anunciarte por doquier y en todo tiempo.
- Dame la *unidad* de los **mártires de Motril** para vivir en una comunidad que esté dispuesta a dar testimonio de Cristo, incluso con la propia vida.
- Dame el *celo por los pobres y enfermos* de **María de san José** para dejar

mis mejores energías al servicio de los descartados de la sociedad.

- Dame *la osadía* de **Esperanza Ayerbe** para servir a Cristo en los pobres en la misión *ad gentes*.
- Dame el *espíritu misionero* de **Ignacio Martínez** y **Mariano Gazpio** para cultivar el gusto y la disponibilidad por la misión.
- Dame *la devoción a la Virgen María* de **Dionisia** y **Cecilia Talangpaz** para hacer ver al mundo que todos los seres humanos tenemos en Cristo Jesús a una Madre singular.

4. La familiar carismática agustino-recoleta

El carisma o la índole propia, como habíamos señalado a partir del número 11 de *Mutuae relationes*, lleva consigo un estilo particular de santificación, un apostolado, una tradición típica, elementos objetivos que permiten identificarlo y la posibilidad de poder replicarlo. Y, como también habíamos ya insinuado, este condensado de enunciados da pie para hablar de lo específico de un carisma: de la espiritualidad o estilo propio de santificación, de la misión o apostolado, de la historia o tradición típica de un instituto religioso, y del itinerario discipular para vivir en santidad a través de la vivencia de sus elementos objetivos que, con la ayuda de la gracia, pueden ser replicados como experiencia, incluso en contextos y culturas distintas.

Pues bien, nos ocuparemos ahora de dos de estos rasgos específicos del carisma: la espiritualidad y el itinerario de santidad. Sobre la tradición típica o historia de nuestra familia no hablaremos porque es algo ya bastante trabajado entre los agustinos recoletos; además que intentar decir algo al respecto haría muy extenso este escrito, rebasando su propósito. Por otra parte, para quienes tengan interés en conocer la historia de la Orden, hay ya muchos materiales impresos que se encuentra asequibles en las bibliotecas de las comunidades. Y lo mismo se puede decir respecto a la misión y apostolados. Por lo tanto, nos ocuparemos ahora de la espiritualidad agustiniana y agustino-recoleta, y del itinerario de santidad agustino recoleto.

a. Su espiritualidad agustiniana

La espiritualidad cristiana se puede describir como la vida en el Espíritu, es decir, la vida del espíritu del ser humano en el Espíritu Santo. Por esta vida en el Espíritu es que el ser humano creyente vive la experiencia de la fe, del amor y de la esperanza. Así, hablar de espiritualidad es hablar de la vida misma en su conjunto; de toda la vida y de toda una vida vivida de cara a Dios. Se trata pues, del actuar del Espíritu Santo en el corazón humano creyente. Este actuar suyo lleva consigo un proceso humano en el que opera la gracia de Dios, y que acontece en una relación personal entre la libertad finita del hombre y la libertad infinita y compasiva de Dios.

Existe una disciplina teológica llamada “Teología espiritual”, cuyo propósito consiste básica y fundamentalmente en estudiar la “experiencia espiritual cristiana” en la vida de los santos. La experiencia de santidad normalmente está recogida en distintas *fuentes* referidas a la vida de los santos. Estas fuentes son estudiadas a partir del *método histórico-crítico*, que es el propio de la Teología espiritual. De manera que, estudiada la fuente, a través de distintas *hermenéuticas* o nuevos lenguajes interpretativos se pueda acercar tal experiencia de santidad al hombre y la mujer de hoy, con el objetivo de que les ayude a avanzar en su propio itinerario de santidad.

Por lo cual, si la espiritualidad cristiana es la vida del espíritu del ser humano en el Espíritu, las espiritualidades cristianas –como son la agustiniana, la teresiana o la franciscana– manifiestan el “*color*” y el “*gusto*” con que se tiñe y se da sabor a la espiritualidad común cristiana. En este sentido, la espiritualidad agustiniana propone un camino que permita asimilar e incorporar a la propia vida las notas características del carisma “agustiniano”, no ya solo como teoría, sino principalmente como experiencia. El objetivo de la espiritualidad es, por tanto, inducir una experiencia. En el caso de la espiritualidad agustiniana consistirá en acceder a la experiencia de interioridad, de comunidad, de búsqueda de Dios, de peregrinar juntos, etc.

Desde este punto de vista es tarea de la espiritualidad agustiniana, por una parte, ahondar en las distintas experiencias espirituales de los santos de la familia, recogidas principalmente en las fuentes escritas. Y, por otra parte, presentar esas experiencias en nuevos moldes culturales que sean más afines a la sensibilidad de las personas de nuestro tiempo, para inspirar así en ellas la belleza de la vida cristiana y el deseo de alcanzar la santidad. De modo que, sí la espiritualidad en general trata distintos temas de la vida cristiana, la espiritualidad agustiniana los aborda a partir de la experiencia espiritual de uno o de varios de los santos de la familia.

A continuación, a modo de ejemplo, proponemos distintas fuentes de la espiritualidad agustiniana en las que se recoge la experiencia espiritual de san Agustín y de algunos otros santos agustinos. El conjunto de las fuentes de la espiritualidad y el ejemplo de santidad vienen a conformar el patrimonio espiritual de una familia; ese es su principal tesoro carismático.

1. *Las Confesiones* de san Agustín.
2. *El comentario al evangelio de san Juan* de san Agustín.
3. *La Vida de san Agustín* escrita por san Posidio.
4. *Sermón del amor de Dios* de santo Tomás de Villanueva.
5. *Regla de vida cristiana* de san Alonso de Orozco.
6. *Historia de la Orden* de san Alonso de Orozco.

b. Su espiritualidad agustino-recoleta

Al igual que con la espiritualidad agustiniana, la espiritualidad agustino-recoleta propone un camino que permita asimilar e incorporar a la propia vida las notas características del carisma agustino recoleta, no ya solo como teoría, sino sobre todo como experiencia de vida. Y lo hace específicamente creando un ambiente propicio a partir de los rasgos propios del carisma agustino recoleta, como son: la perfección del amor, la libertad afectiva, el gobierno de los propios sentidos, la oración, el desapego, una vida sobria, etc.

La espiritualidad agustino-recoleta, como parte de la espiritualidad cristiana, ahonda en las distintas experiencias de los santos de la familia, recogidas principalmente en las fuentes escritas. Y presenta esas experiencias espirituales en nuevos parámetros culturales, quizá más afines a la sensibilidad de nuestro tiempo, para inspirar en los cristianos de hoy la vida en el Espíritu y en el deseo de santidad. Por lo tanto, si la espiritualidad en general aborda distintos temas relacionados con la vida cristiana, la espiritualidad agustino-recoleta los reflexiona a partir de la experiencia espiritual de uno o de varios de los santos agustinos recoletos.

A continuación, proponemos algunos ejemplos de distintas fuentes de la espiritualidad agustino-recoleta en las que se amasa la experiencia espiritual de algunos santos agustinos recoletos, estén oficialmente canonizados o no.

1. *La Forma de vivir* de los frailes agustinos descalzos.
2. *Cuentas de conciencia* de la Madre Mariana de san José.
3. *Teología Mística* de Agustín de San Ildefonso.
4. *Lamentos de un pajarillo solitario* de Andrés de san Nicolás.
5. *Tesoro espiritual* de Justo del Espíritu Santo.
6. Los *Manuales* para los novicios de Buenaventura Santamaría (*El novicio instruido en el camino espiritual*, 1821), Ramón Miramón (*Instrucciones religiosas divididas en tres partes... todo para uso de los religiosos y novicios de nuestro colegio de Monteagudo*, hacia 1885). Y Marcelino Simonena (*Manual del novicio agustino recoleta*, en Monachil 1924; ya lo tenía compuesto en 1907).
7. *Cartas, Sermones y Pastorales* de san Ezequiel Moreno.

c. Su itinerario de santidad

De acuerdo con el documento *Mutuae relationes*, el carisma, además de incluir un estilo particular de santificación, un apostolado y una tradición típica, abarca también distintos elementos objetivos que permiten identificarlo, acogerlo, profundizarlo y desarrollarlo. Lo dicho por este documento da pie

para hablar de un itinerario discipular que inspire y sugiera el modo concreto de alcanzar la santidad que le es propia al carisma agustino recoleto. Por lo tanto, se trataría, con la ayuda de la gracia, de incorporar a la propia vida espiritual aquellos elementos objetivos del carisma no solo como una noción teórica, sino como una experiencia concreta de vida.

Desde hace ya varios años la Orden de los Agustinos Recoletos se embarcó en un proceso de revitalización y reestructuración. El empeño de la reestructuración ha ido dando sus frutos después de muchos años de esfuerzo, dedicación y buena voluntad por parte de sus miembros. Ahora bien, la revitalización ha sido más difícil de acometer, quizá porque no tiene tanto que ver con el cambio de estructuras exteriores de la institución, sino con la renovación de la mente y el corazón de las personas. Se trata de aquello en lo que el Papa Francisco ha venido insistiendo desde el inicio de su pontificado como una conversión pastoral, misionera y espiritual (cf. *Evangelii gaudium* 25, 201). Y recordemos que la *conversión* es una parte dinámica propia del carisma agustino recoleto.

Es probable que una de las claves para incursionar en esta anhelada renovación personal tenga que ver con la formación. El primer ámbito para la formación y la transformación del corazón es, sin duda alguna, el *Evangelio* de Jesucristo. A continuación, en el caso de los religiosos, se cuenta con las *Constituciones* y el *Código adicional*. Para los miembros de las Fraternidades seglares agustino-recoletas se dispone de la *Regla de vida* y los *Estatutos*. Para los jóvenes laicos agustinos recoletos se tiene el *Itinerario de las JAR*. Incluso, desde hace ya varios años se viene hablando de itinerarios formativos y performativos. En este sentido, ha aparecido un nuevo Plan de formación para la Orden que está *ad experimentum*, el Programa de formación de *Peregrinos* para las Fraternidades seglares, los *Manuales* e *Instructivos* de etapa de las JAR, y diversos materiales dirigidos a las madres cristianas de santa Mónica.

Por la incidencia que está llamado a tener en la formación y revitalización de los religiosos agustinos recoletos, me referiré al nuevo Plan de formación de la Orden. Este proyecto es una respuesta a los cambios que se están dando en la Iglesia y que, a su vez, trata de tener en cuenta las nuevas condiciones sociales en las que nos está tocando vivir. En este sentido, la Orden está haciendo el esfuerzo de incorporar lo nuevo de Dios al carisma agustino recoleto. De ahí que esté ya en circulación un *instrumento de trabajo* que lleva por título *Redi ad cor et inde ad Deum, Regresa al corazón y, por tanto, a Dios*. Este Plan de formación es una propuesta que sustituye al Plan anterior *Studium sapientiae, Estudio de la sabiduría*.

Ciertamente hay que reconocer y agradecer la riqueza para la formación que en su momento introdujo el *Studium Sapientiae*, publicado en el año 1987. Ahora bien, la novedad del *Redi ad cor* radica en situar el itinerario formativo no ya en el "estudio" de la sabiduría y de la Sabiduría -Dios mismo-, sino en *Regresar al corazón*. Esta vuelta al corazón concentra el empeño de llegar a "fundar" un "corazón sabio" como estilo de vida. Así, *Redi ad cor* convoca a la persona en formación a volver al propio corazón y desde ahí, desde lo profundo

del corazón, ir hacia Dios en comunidad de hermanos. Un camino que, en principio, expone a la persona a la conversión constante y a la transformación del corazón.

Algunos cambios profundos que se proponen en el nuevo Plan de formación *Redi ad cor* son los siguientes. La formación inicial está en función de la formación permanente. A la formación se la comprende como un proceso integral y gradual, que posibilita a la persona una constante maduración en su vocación. Se forma en el carisma y a partir del carisma. El acompañamiento adquiere una importancia central no solo para el tiempo de la formación inicial, sino principalmente para la formación permanente. El eje transversal de este itinerario radica en la transformación del corazón al estilo de san Agustín y el anhelo de la recolección. Y, por último, se apunta que la vocación está orientada, de por sí, a la misión.

Plantearemos ahora los elementos carismáticos y espirituales de este itinerario formativo que se presenta en el Plan de formación *Redi ad cor*. Hay que indicar que esta manera de organizar en un único itinerario la experiencia espiritual de san Agustín, por una parte, y los elementos esenciales del carisma agustiniano y del carisma agustino recoleto, por otra, responde a un largo camino de reflexión y búsqueda, de investigación y formación, de diálogo y discernimiento por parte de los formadores de la Orden, coordinados por el Secretariado general y los Secretariados provinciales de formación inicial y de formación permanente. Se lleva trabajando en este proyecto por más de quince años.

I. La sabiduría de las sabidurías

El itinerario se centra en tres sabidurías: sabiduría de la *interioridad*, sabiduría de la *comunidad* y sabiduría de la *eclesialidad*. La búsqueda de la sabiduría es la gran pasión agustiniana que le permite al corazón humano centrarse en lo que verdaderamente vale la pena. Buscar la sabiduría es, en definitiva, buscar a Dios; a través de ella es que se encuentra la verdad, el bien, la belleza y la vida feliz. Dios es la fuente de la sabiduría y origen de toda experiencia espiritual, el cumplimiento de las promesas que custodia toda vocación y la luz que ilumina el camino del peregrino. Aún más, Cristo es la Sabiduría de Dios que habita en el interior del hombre como Luz y Maestro; aquel que revela el sendero que conduce al propio corazón, al corazón del hermano y al corazón del Pueblo de Dios, que es la Iglesia.

La sabiduría, en el camino espiritual, se manifiesta como el modo en que vivimos tres experiencias fundamentales: el encuentro profundo con uno mismo (la interioridad), la vida fraterna en comunidad y el servicio generoso a los demás. Estas tres formas de sabiduría expresan también tres dimensiones afectivas que orientan los pasos del corazón inquieto y lo impulsan a crecer humana y espiritualmente. Nos referimos al amor a Dios, al amor a los hermanos de la comunidad y al amor que se convierte en servicio, especialmente a través

del acompañamiento y la formación en la fe. Estas tres sabidurías están en el centro de la experiencia del carisma agustino recoleto y acompañan todo su proceso formativo. En resumen, son tres dinamismos que comprometen profundamente a la persona en su vida de fe y la invitan a vivir plenamente su vocación. A continuación, hablemos brevemente de cada una de ellas.

1. Sabiduría de la interioridad

La sabiduría de la interioridad se refiere al dinamismo propio de la vida humana, a la consigna vital que desde lo profundo del corazón anima a la persona a vivir de acuerdo con su esencia y su identidad profundas, *"en el corazón soy lo que soy"* (cf. San Agustín, *Confesiones* 10,4). El obispo de Hipona es un maestro extraordinario de la sabiduría de la interioridad. Por eso, él mismo ofrece su experiencia de interioridad a todo aquel que busca la felicidad, de modo que viva su peregrinación desde dentro, desde lo profundo de sí mismo y desde el Dios que lo habita en lo profundo de sí, lo ilumina, enseña y guía.

"Vuelve al corazón, [redi ad cor]; mira allí qué es lo que tal vez sientes por Dios: allí está la imagen de Dios. En el interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a tu Creador" (San Agustín, *Tratado sobre el comentario al Evangelio de san Juan* 18,10).

Las *Constituciones* de la Orden de los agustinos recoletos indican en el numeral 8 que el elemento primordial del patrimonio de san Agustín y de la Orden es la contemplación, que es *"vida bajo el amparo de Dios, vida con Dios, vida recibida de Dios, vida que es Dios mismo"* (San Agustín, *Sermón* 297,8). Pues bien, a esta contemplación se accede por el camino de la interioridad. Para la espiritualidad agustiniana y agustino-recoleta el camino del regreso al corazón es el sendero que permite el acceso a la vida de Dios, la vida con Dios y la vida desde Dios. De manera que el amor contemplativo concentra la sabiduría de la interioridad, pues *"quien entra en sí y entra en Ti, y entra en el gozo de su Señor y no temerá y se hallará sumamente bien en el Sumo Bien"* (San Agustín, *Confesiones* 2,18).

La sabiduría de la interioridad puede ser vivida con un matiz particular desde el espíritu recoleto. Desde luego que la recolección no corresponde a una cuarta sabiduría, sino al espíritu que afecta, anima e impulsa el proceso de la interioridad agustiniana. Desde esta perspectiva, la interioridad se vive con espíritu recoleto cuando hay espacio para el silencio, el recogimiento, la oración prolongada, el gobierno de los propios sentidos y la libertad del afecto para el amor. Peregrinar al propio corazón, peregrinar al corazón de Dios y peregrinar al corazón de los hermanos y de la Iglesia, exige ser contemplativos de las verdades internas, las verdades eternas y las verdades alternas, o la manera de mirar las cosas que tienen los demás.

2. Sabiduría de la comunidad

La *sabiduría de la comunidad* comprende la dimensión comunitaria de la vida fraterna. Se trata de vivir el mundo de las relaciones interpersonales de forma ordenada, a saber, amando a Dios y, en Dios, a los hermanos (cf. San Agustín, *Doctrina cristiana* 1,27,28). La sabiduría de la comunidad nos señala el modo propio del amor cristiano en las relaciones con los demás, en particular con aquellos con quienes se comparte la vida en el día a día. Ella también nos ayuda a tomar conciencia de las expresiones del egoísmo humano que impiden la experiencia real y concreta del amor. Se trata, pues, de crecer en el amor a Dios y, por Dios, a los demás, y de recibir la gracia para rechazar todas aquellas formas de dominio y control sobre los otros.

Para san Agustín los cristianos somos peregrinos de la Ciudad de Dios y no hacemos el camino solos, sino en comunidad de hermanos. Juntos nos ayudamos y, como señala el obispo de Hipona, los más rápidos deben esperar a los más lentos, pues no es una carrera, sino una peregrinación en el amor, donde lo importante es vivir vinculados por la caridad: *"el que llegó el primero esperará a ser coronado con el último. Este certamen no lo emprende la codicia, sino la caridad. Todos los que corren se aman, y este mismo amor es la carrera"* (San Agustín, *Comentario al Salmo* 39,11). El mismo santo del corazón inquieto nos da una pista importante para entender el espíritu que ha de animar la vida fraterna en comunidad:

"Esto es lo que hay que pensar siempre, y meditar siempre, y recordar siempre, y practicar siempre, y cumplir siempre. El amor de Dios es lo primero que se manda, y el amor al prójimo, lo primero que se debe practicar. El amor del prójimo limpia los ojos para ver a Dios" (San Agustín, *Comentario al Evangelio de San Juan* 17,8).

El carisma y la espiritualidad recoletos nos convocan no solo a volver al propio corazón, sino también a peregrinar al corazón de los hermanos. El fundamento de la comunidad es que Dios puede ser encontrado en el propio corazón sí, pero también quiere ser encontrado y servido en los hermanos, porque también está presente en ellos. Con la sabiduría que nace de la experiencia, san Agustín dice: *"que nadie se forje ilusiones de poder llegar a la felicidad, ni a Dios, objeto de sus amores, si desprecia a su hermano"* (San Agustín, *Costumbres de la Iglesia católica* 1,26,51). Y también: *"ama al hermano, porque si amas al hermano a quien ves, en él mismo verás también a Dios; ya que verás al mismo amor, y dentro del amor habita Dios"* (San Agustín, *Comentario a la Carta de san Juan* 5,7).

Las *Constituciones* de la Orden señalan en el numeral 15 que la comunidad, según el propósito de san Agustín, se propone imitar a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén (cf. *Hechos* 4,32-35), *"Se os va a leer un pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles, para que veáis dónde está descrita la forma de vida*

que deseamos plenamente vivir [...]. Ya sabéis lo que queremos: orad para que lo podamos poner en práctica" (San Agustín, *Sermón* 356, 1-2). Los hermanos vivan entre sí unánimes y concordes en el mismo Espíritu, por el que son una sola alma y un solo corazón en Dios y para Dios (cf. San Agustín, *La Regla* 1,2), "llegó el amor, y con él la unidad de los hermanos" (San Agustín, *Comentario al Salmo* 132,2).

La Forma de vivir de los frailes agustinos descalzos contiene ricos matices sobre la dimensión comunitaria de la vida fraterna, que preparan el nuevo espíritu con que se han de vivir las relaciones comunitarias. Ahí aparece con frecuencia la referencia a "estar juntos" (cf. *Forma de vivir* 10,3; 11,3; 12,2) para recrearse y recrear la comunidad (cf. *Forma de vivir* 9,2). Incorpora con mucho cuidado la caridad fraterna como un aspecto importante de la vida de la comunidad (cf. *Forma de vivir* Prólogo 1; 1,1; 2,1-3.), tal y como el obispo de Hipona la había propuesto a los siervos de Dios que deseaban vivir en comunidad (cf. San Agustín, *La Regla* 5,2). Podría decirse que la versión recoleta del carisma agustiniano ha guardado, en la medida de lo posible, un estilo de amabilidad y familiaridad en las relaciones comunitarias.

3. Sabiduría de la eclesialidad

Cristo, la Sabiduría del Padre, se ha encarnado para redimir a los hombres. Y el Cristo encarnado prolonga su acción salvadora por medio de la Iglesia (cf. San Agustín, *La Ciudad de Dios* 10,29). La comunidad recoleta está inserta en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por la concordia de los hermanos Cristo entra en la vida de la comunidad y permanece en ella; los hermanos son piedras vivas del Templo de Dios (cf. San Agustín, *Sermón* 272,1). Los hermanos se reúnen en comunidad para estar más profundamente enraizados en el tejido plural de la Iglesia (cf. San Agustín, *Comentario al Salmo* 44,24). Y su identidad es la de ser servidores, en especial de los miembros más necesitados (cf. San Agustín, *El trabajo de los monjes* 29,37).

San Agustín se sintió un peregrino que caminaba con otros peregrinos hacia la Patria del cielo; miembro del Pueblo de Dios que peregrina "entre las persecuciones de este mundo y los consuelos de Dios" (San Agustín, *La Ciudad de Dios* 18,59,2). Para el santo la condición del ser peregrinos se abre a un sentido fuerte de Iglesia. Hay hermanos que nos han precedido en el camino de la fe y han formado la Iglesia peregrina de otros tiempos, y ahora son ya miembros de la Iglesia triunfante. Algunos de ellos los consideramos con especial atención porque han vivido con gran determinación su vida cristiana; son los santos. Y también habrá otros que se bautizarán y serán miembros vivos del Cristo Total. San Agustín hizo vida esta forma de concebir la Iglesia según nos lo que refiere su primer biógrafo:

"Dejó a la Iglesia un clero muy abundante y monasterios llenos de religiosos y religiosas, con su debida organización, junto con una biblioteca provista de sus libros y tratados, y los de otros santos. Y en ellos se refleja la grandeza singular de este hombre dado por Dios a la Iglesia, y en estos lo encuentran los fieles siempre vivo" (Posidio, *Vida de san Agustín* 31,8).

La sabiduría de la eclesialidad engloba, por tanto, la experiencia del amor real y concreto que se hace servicio en la Iglesia, en particular entre los más pobres y necesitados. La comunidad recoleta está llamada por el propio carisma a ensanchar el corazón y abrazar lo católico, lo universal, es decir, a *sentir con la Iglesia*. Los miembros de la comunidad han de estar disponibles para servir a la Iglesia sin anteponer a ella los propios intereses. Así es como lo indica el obispo de Hipona: *"No antepongáis vuestra contemplación a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle, cuando ella da a luz, no hubieseis encontrado medio de nacer"* (San Agustín, Carta 48,2).

En las *Constituciones* de la Orden se habla del amor difusivo, y se indica que *"el amor contemplativo, además de unir las almas y los corazones en comunidad, es en sí mismo difusivo y apostólico"* (*Constituciones* 23). La sabiduría de la interioridad y la sabiduría de la comunidad hacen la sabiduría de la eclesialidad, pues permiten que aquel que regresa a su corazón y encuentre a Dios en él, lo sirva en sus hermanos de comunidad, y en los hermanos de la comunidad grande, que es la Iglesia. Un agustino recoleto que vive el carisma no puede menos que ser un evangelizador generoso porque lleva dentro de sí el amor, cuya esencia es dar y comunicar, extenderse y encender en otros el amor a Dios (cf. San Agustín, *Sermón* 90,10). Así, la interioridad y la unión de corazón se hacen misión en la Iglesia (cf. *Constituciones* 23).

La Forma de vivir de los frailes agustinos descalzos no señala prácticamente nada sobre este particular. Sin embargo, la disponibilidad de los frailes para ir a tierras de misión puso en evidencia que este género de vida más recogido no estaba ni mucho menos en contradicción con el servicio a la Iglesia. Filipinas fue el primer escenario para los misioneros recoletos. El primer prior provincial, fray Juan de San Jerónimo, recibió del rey Felipe III la oferta de ser obispo de San Cristóbal de Chiapas (México). Pero este fraile respondió al rey que, a cambio de tal gracia, le fuese concedido más bien encabezar una misión "a tierras nuevas". El monarca eligió Filipinas y le encomendó dirigir una expedición de doce religiosos agustinos recoletos, de los cuales llegaron trece al Archipiélago en mayo de 1606. Y aquella misma aventura la repitieron otros frailes agustinos recoletos ciento de veces.

Antes de concluir la sabiduría de la eclesialidad hacemos una breve alusión a la dimensión ministerial del carisma agustino recoleto. La proyección pastoral de los agustinos recoletos a lo largo de su historia se desarrolla de una forma flexible y acomodada a las circunstancias del momento y las llamadas de la Iglesia. San Agustín comenzó siendo monje. Después, por una llamada de la Iglesia, fue ordenado sacerdote y, más tarde obispo, sin por ello renunciar a la expresión monástica que le fuera posible en esas formas del servicio pastoral. Tras una larga etapa de desaparición de la vida monástica agustiniana, volvió a brotar en la Iglesia en el año 1256 ahora con aires ermitaños; surgió así la *Orden de los ermitaños de san Agustín*. Ahora bien, téngase en cuenta que la Orden de San Agustín nace con el fin de abandonar el eremitismo y aceptar el modelo mendicante, que tenía en el apostolado uno de sus principales fines.

Aquí el prototipo del religioso fue el fraile conventual que asumía algunos compromisos pastorales sin detrimento de la vida regular.

En el año 1588 en España y en el 1604 en Colombia, se renueva el carisma agustiniano y surgimos los agustinos recoletos. Con el encuentro de la cultura europea y la mesoamericana, aparece un nuevo contexto de Iglesia que urge la evangelización en nuevas tierras. Así, para el año 1606 los recoletos de España estábamos ya misionando en tierras filipinas, y del 1626-1638 en Urabá, Darién y Chocó (Colombia); a los llanos de Casanare (Colombia) se llegó en 1662. La forma ministerial más común para los misioneros recoletos fue el trabajo pastoral en prelaturas y, más en concreto, en parroquias. Esto ocasionó la premura de poder contar con religiosos clérigos para el trabajo pastoral. Así fue hasta el año 1939 en que nos abrimos al campo educativo. Este nuevo escenario de la acción pastoral modificó en parte la fisionomía de la Orden.

Y a principios de este siglo nacieron los Centros de Espiritualidad Agustinos Recoletos -CEARs- como un nuevo ministerio de evangelización. En estos centros los laicos están teniendo una particular incidencia. Ahí se habla con naturalidad de la sabiduría de la interioridad, de la comunidad y de la eclesialidad, del acompañamiento, de experiencias agustinianas de Dios, de talleres de oración, etc. Esta plataforma de evangelización está haciendo que el carisma agustino recoleto incursione en nuevos escenarios pastorales. Lo cual hace que se ensanchen los horizontes para la propia tradición espiritual agustino-recoleta.

II. Espiritualidad de fondo

Nos detendremos ahora a considerar las notas distintivas de la espiritualidad agustino-recoleta que están implicadas en el itinerario que estamos presentando. Dicho itinerario carismático tiene por objetivo inspirar e impulsar el modo de santidad que le es propio al carisma agustino recoleto. Se trata de que, contando con la ayuda de la gracia, los miembros de la familia agustino-recoleta incorporen a la propia experiencia de vida espiritual aquellos elementos objetivos del propio carisma no únicamente como teoría, sino como una experiencia de vida concreta; solo así será posible hacer del carisma un estilo de vida. En el Plan de formación *Redi ad cor* se recogen tres notas distintivas de la espiritualidad agustino-recoleta: el amor como fuente de todo, la Palabra de Dios como el alimento y la Iglesia como el hogar. Haremos ahora alusión a cada una de ellas.

El amor es la fuente del dinamismo de la vida interior del agustino recoleto. San Agustín fue un apasionado del amor; el motor de su vida gravitaba en torno a *"amar y ser amado"* (*Confesiones* 2,2). Y lo repite por cuatro veces más: *"todavía no amaba, pero amaba el amar"* (*Conf.* 3,1), *"buscaba qué amar, amando el amar"* (*Conf.* 3,1), *"amar y ser amado era lo más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo del amante"* (*Conf.* 3,1), y *"caí también en el amor en que deseaba ser acogido"* (*Conf.* 3,1). Y casi al final de sus *Confesiones*: *"por amor de tu amor, oh Dios, hago lo que hago"* (*Conf.* 11,1).

Para el obispo de Hipona el alimento que más nutre la vida espiritual es la Palabra de Dios: *"Tus Escrituras son mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros"* (Conf. 11,3). También: *"Ve que tu voz es mi gozo; tu voz sobre toda afluencia de deleites. Dame lo que amo, porque ya amo, y esto es don tuyo"* (Conf. 11,3). Comenta: *"Te confesaré cuanto descubriere en tus libros y oiré la voz de la alabanza, y beberé de ti, y consideraré las maravillas de tu ley desde el principio"* (Conf. 11,3). Y también añade: *"Mira, ¡oh Padre!, mira, y ve, y aprueba, y sea grato delante de tu misericordia que yo halle gracia ante ti, para que a mis llamadas se abran las interioridades de tus palabras"* (Conf. 11,4). Por último, uno de los textos más representativos de su trato con la Palabra de Dios es este: *"No con ciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé"* (Conf. 10,8).

Finalmente, a propósito de que la Iglesia es el hogar, dice san Agustín: *"La Iglesia, hermanos, es la posada del viajero, donde se cura a los heridos durante esta vida mortal; pero allá arriba tiene reservada la posesión de la herencia"* (San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de san Juan* 41,13). Y en esa misma obra dice más adelante: *"El redil de Cristo es la Iglesia católica. Quien quiera entrar en el redil, entre por la puerta, confiese al verdadero Cristo"* (San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de san Juan* 45,5). Otro texto bellísimo suyo: *"La casa de Dios es la Iglesia; aún contiene malos, pero la belleza de la casa de Dios reside en los buenos; se halla en los santos"* (San Agustín, *Comentario al Salmo* 25,2,12). Y, por último, comenta en uno de sus sermones: *"Nadie puede tener propicio a Dios Padre si desprecia a la Iglesia madre"* (San Agustín, *Sermón* 255A).

III. Constantes vitales agustinianas

En algún momento se habló de los rasgos del carisma de san Agustín y se ejemplificaron con algunos textos de su magna obra. Aquí solo mencionamos aquellos rasgos que no están explicados ya en las tres sabidurías ni en las notas distintivas de la espiritualidad agustino-recoleta. Esta opción es una forma de organizar armónicamente los elementos principales del carisma agustino recoleto, fruto de años de búsqueda y reflexión. ¿Por qué constantes vitales? Los signos vitales son las señales ciertas de que hay vida. Pues bien, hablando de la vida interior, las constantes vitales son las que mantienen vivo el corazón en el sendero de la fe, la esperanza y el amor. He aquí algunas de esas constantes vitales: la inquietud, la búsqueda y el encuentro, el deseo de Dios, la conversión del corazón, el amor de amistad, el anhelo de felicidad, la humildad, el ser peregrinos, y la confesión fe, de los pecados, de alabanza.

IV. Núcleos recoletos dinamizadores

Se trata de aquellos núcleos dinamizadores de la vida interior que arrancan específicamente de la tradición recoleta. Se mencionaron y ejemplificaron ya cuando se habló específicamente del carisma agustino recoleto. Hacemos,

pues, solo un elenco de estos: tender a la perfección de la caridad para con Dios y para con los hermanos, vivir el silencio y la oración prolongada, cultivar el gobierno de los propios sentidos, crecer en libertad interior, cuidar el desapego de las cosas y abrazar la disponibilidad para la misión. Cabe decir que esta forma de proponer los elementos antes citados no está recogida en el Plan de formación *Redi ad cor*.

5. Para vivir el carisma con esperanza

La experiencia subjetiva de Dios es un saber que equivale a una forma completa, adecuada y totalizante de la realidad. A través de la experiencia religiosa, la "realidad divina" es sabida, ante todo, como verdad; una verdad existencial, vital y significativa. La experiencia de Dios corresponde a una vivencia de salida de sí que, a su vez, permite al creyente entrar en el Misterio de lo real, lo definitivo y lo estable. Por lo cual, tener una experiencia espiritual equivale a haber probado algún aspecto asombroso del misterio de lo divino. En este sentido, se plantean a continuación una serie de experiencias agustinianas de Dios que, en principio, consentirían a la persona acoger el carisma, vivirlo, profundizarlo, desarrollarlo y entregarlo a la Iglesia. Estas vivencias están organizadas en dos grupos, el primero atañería a las propias de la espiritualidad agustiniana y, el segundo, a las de la espiritualidad agustino-recoleta.

a. Desde la espiritualidad agustiniana

- ✓ El encuentro con el Maestro interior a través del proceso de la interioridad.
- ✓ El reconocimiento de la verdad de uno mismo en el encuentro con Cristo, como el eje vertebral para una identidad profunda y radical.
- ✓ Realización de una lectura creyente de la vida que permita interpretar el sentido de la propia existencia a la luz de la Palabra de Dios.
- ✓ La disponibilidad interior para abrirse más allá de los límites de la propia condición de ser creatura, y dar así un sentido trascendente la vida.
- ✓ Cultivar relaciones auténticas y profundas en la comunidad a través de la amistad, que permitan crear vínculos que ayuden a crecer y corregir las inclinaciones egocéntricas.
- ✓ Vivir con humildad la propia humanidad para poder conducirse desde la verdad y ser paciente frente las limitaciones propias y de los demás.
- ✓ Implicarse a fondo en el dinamismo de la conversión del corazón, que consiste en morir a sí mismo para nacer constantemente a un nuevo proyecto de humanidad en Cristo.
- ✓ Poner al servicio de los demás con generosidad los propios dones para entregar la vida a favor de la comunidad y de la Iglesia, especialmente de los más pobres.

b. Desde la espiritualidad agustino-recoleta

- ✓ Tender a la perfección del amor, que es aquello que permite intensificar la vida cristiana.
- ✓ Procurar con todo el afecto del corazón aquello que más nos encienda en el amor a Dios y a los hermanos, como es la celebración de los sacramentos, la oración, el estudio, las prácticas de devoción, etc.
- ✓ Buscar alimentar la caridad a través del encuentro con la Palabra, que es la fuente de inspiración de un amor libre, de una fe esforzada y de una esperanza alegre.
- ✓ Modular, mediante la abnegación, aquellas dinámicas egocéntricas para lograr el desapego de las cosas y transparencia de intenciones en las relaciones interpersonales.
- ✓ Abrazar con disponibilidad cualquier tipo de servicio a la comunidad y de la Iglesia.

6. Vínculos entre lo agustiniano y lo agustino recoleta

El carisma agustiniano aúna en sí a una serie de familias religiosas masculinas y femeninas en la gran familia agustiniana, entre las cuales está nuestra familia recoleta. En este sentido, resulta alentador constatar que este carisma está vivo y que es de una gran riqueza para la vida de la Iglesia. Asimismo, las familias religiosas agustinianas, como la recoleta, lo vivimos con distintos matices que lo hacen aún más rico. Además, es un signo de esperanza que prácticamente todas las ramas de vida religiosa de la familia agustiniana hayan vinculado a los laicos en la vivencia del carisma. Por lo tanto, la familia agustiniana es una gran familia carismática, y la Iglesia universal se beneficia tanto de ello.

A la hora de hablar de lo específico de los agustinos recoleta comenzamos por decir que el *espíritu de lo recoleta* actuó sobre un carisma ya existente. De manera que no originó algo a partir de cero, sino que tomó forma el deseo de vivir con mayor perfección el carisma que ya se había abrazado. Este anhelo de una vida religiosa "más perfecta" procedía del movimiento franciscano italiano de la estricta observancia del siglo XIV y XV, que había alcanzado la península Ibérica a principios del siglo XVI. Y fue también deudor, aunque en menor grado, de las disposiciones disciplinarias del concilio de Trento para la reforma de la vida religiosa. En este contexto fue que el Espíritu impulsó la renovación del carisma agustiniano. Y prendió como un anhelo de ser más amantes de la perfección monástica.

El carisma agustiniano y el carisma agustino recoleta tienen, por tanto, raíces comunes y rasgos parecidos. Ahora bien, hay que decir que en el andar de la historia de la familia agustino-recoleta este vínculo con lo agustiniano ha adquirido diversos matices. Para decirlo rápido y breve, en los orígenes se

vivió una fuerte dependencia, que dio pronto lugar a conflictos en cuanto a la pertenencia a una u otra familia. Se pasó por momentos tensos que llevaron a separaciones forzadas. Por muchos años se vivió una independencia mínimamente supervisada por parte de agustinos. Y, por último, se llegó al momento de la completa separación y autonomía jurídica de los agustinos recoletos. Para llegar más recientemente a la mutua colaboración y la creación de lazos de amistad.

Por lo tanto, el vínculo de los agustinos recoletos con la familia agustiniana es de amistad, de ayuda mutua y de cooperación. Por nuestra parte, los agustinos recoletos también nos hemos organizado como una familia carismática propiamente dicha; se ha erguido en la Iglesia como un árbol frondoso con varias ramas. Así, los institutos religiosos femeninos, ramas de este nuevo árbol, además de mantener lazos de amistad, cultivan con la Orden vínculos jurídicos y una alianza de ayuda mutua y de colaboración. Y en nuestra familia carismática agustino-recoleta muchos laicos mantienen, por una parte, lazos de amistad con la Orden y, por otra, algunos de ellos se vinculan mediante la renovación de las promesas bautismales. Se trata de una alianza de ayuda mutua y de colaboración en distintos órdenes de la vida, en particular del espiritual.

Por último, a propósito de la vivencia del carisma agustiniano, quisiera dejar por sentado en esta reflexión que no se trata de identificar quiénes lo viven mejor, si los agustinos o los agustinos recoletos. A partir del hecho de que haya matices en la vivencia de los rasgos del carisma agustiniano por parte tanto de los agustinos como de los agustinos recoletos, no se sigue que la vivencia de esos rasgos represente, de por sí, una cualidad distinta con relación al carisma agustiniano. Por lo cual, vivir con empeño y con la ayuda de la gracia el propio carisma tendría que llevarnos, más allá de los matices, a ser santos a los agustinos y a los agustinos recoletos. La experiencia de santidad es lo que indica la belleza de la diversidad que es riqueza para todos.

Ambas familias siguen produciendo ejemplos de santidad, que es la razón fundamental por la cual el Espíritu Santo suscita los carismas en la Iglesia. Más bien, se trata de que cada familia responda con presteza al dinamismo de renovación y de santidad al que le emplaza su carisma. Y qué duda cabe que a todas las familias carismáticas el Espíritu nos ha convocado y nos sigue convocando a renovar la vivencia del propio carisma.

En distintos ambientes surge la pregunta de cuál podría ser el futuro de las diversas familias religiosas arropadas bajo el carisma agustiniano. Es difícil preverlo. Desde luego que el Espíritu Santo, que es quien hace surgir los carismas y los mantiene vivos, puede actuar sorpresas. Ahora bien, cualquier intento de unidad en una sola y única familia jurídica entre los agustinos y agustinos recoletos, ya sea en la versión masculina que, en la versión femenina, no será solo el resultado de especulaciones teóricas, ni de efluvios de entusiasmo, y ni siquiera de una estrategia de supervivencia. Tendrá que haber factores claros y convincentes de sentido de Iglesia, de búsqueda compartida de la voluntad de Dios, de escucha del Espíritu Santo y de procesos institucionales de mucha reflexión y discernimiento.

La pregunta sería para qué... ¿Para ser signo de unidad? Ya lo somos por fisionomía propia. ¿Para ser más eficaces y operativos en la evangelización? Lo que no hagamos en particular, no lo haremos en general. ¿Para conservar mejor el carisma agustiniano? Nadie puede asegurarnos que esa sea la mejor manera de hacerlo.

7. Peculiaridades del carisma agustino recoleto

Sin afán de vanagloria ni de comparación con nuestros hermanos los agustinos, presentamos algunas peculiaridades con las que los agustinos recoletos vivimos el carisma de san Agustín. Estas peculiaridades se deben, en gran parte, al *espíritu recoleto* con que se comprende y desea vivir el carisma agustiniano.

- ✓ El modo de leer a san Agustín. Los agustinos recoletos nos enfocamos más en su experiencia de vida interior *-interioridad-* y en su proceso humano en la fe *-transformación-*, que en su teología. Lo cual no quiere decir que no se la conozca, ni que los agustinos no se planteen la interioridad y las dinámicas de la conversión en san Agustín. Es solo una cuestión de enfoque y de acentuación.
- ✓ Se acude frecuentemente a las dinámicas del corazón de Agustín para comprender su experiencia de Dios, y para posibilitar nuevas experiencias agustinianas de Dios. De modo que, entre los agustinos recoletos se aprovecha mucho más de san Agustín su experiencia espiritual cristiana, que en su doctrina teológica.
- ✓ Por un convencimiento bastante arraigado, en las comunidades agustino-recoletas se cultiva un tipo de relaciones interpersonales llanas, afables, sencillas y auténticas. Lo cual no quiere decir que la convivencia sea menos compleja y que no haya conflictos y tensiones en la vida de comunidad; incluso situaciones dignas de lamentarse.
- ✓ Las presencias de los agustinos recoletos son espacios donde tiene lugar el encuentro, la cercanía y familiaridad en el trato de unos y otros; ahí se comparte la fe de forma más personalizada. Las comunidades están insertas en las iglesias locales, y aportan su riqueza y reciben de ellas lo propio, de modo que se puede palpar un sentido de Iglesia.
- ✓ Por último, se concibe la evangelización como un servicio decidido en la iniciación y profundización de la fe, en el que se anuncia sobre todo al Cristo Total, Encarnado, Humilde y Peregrino. La vivencia de la fe en las comunidades agustino-recoletas suele ser bastante cristocéntrica.

CONCLUSIONES

Concluimos este ensayo acerca de cómo vivir el carisma agustino recoleto con esperanza intentando dar brevemente respuesta a tres preguntas:

1. *¿Qué motivos hay para la esperanza en la vivencia del carisma "agustino recoleto"?*

Hay mucha vida en torno al carisma agustino recoleto. Este se ha organizado en la Iglesia como una gran familia carismática, compuesta por religiosos y religiosas, y laicos jóvenes y adultos. Los institutos de vida religiosa que formamos esta familia, además de la Orden de los Agustinos Recoletos, son las Agustinas Recoletas de vida contemplativa, las Augustinian Recollects Sisters, las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús, las Misioneras Agustinas Recoletas, las Agustinas Recoletas de los enfermos, y recientemente se han asociado las Comendadoras de Santiago. Y entre los laicos están las Fraternidades seglares agustino-recoletas, el movimiento juvenil de los jóvenes agustinos recoletos -JAR-, y las madres cristinas de santa Mónica, que rezan por sus hijos y por sus esposos.

Nuestra familia carismática es una pequeña porción de la Iglesia que es dinámica, entregada a la misión, generadora de proyectos y atenta a los signos de los tiempos. Es un espacio de fraternidad, de amistad y de búsqueda compartida de Dios. Lugar de acogida, de relaciones cálidas, de alegría y de espontaneidad. Siempre disponible al servicio de la Iglesia. Abierta a seguir creciendo, a acompañar y a dejarse acompañar, a formar a los otros y a procurar la propia formación continua. Ámbito vocacional donde se comparten las inquietudes y se camina juntos en la elaboración de las respuestas. Expresión de una rica espiritualidad, con un protagonismo y liderazgo de los laicos cada vez más decidido y comprometido.

2. *¿Qué nos está pidiendo el Espíritu Santo para que vivamos con esperanza el carisma?*

El carisma está impulsando nuestra familia carismática agustino-recoleta a desplegar su fuerza profética, precisamente por los valores de humanidad y de Evangelio que inspira en nosotros mismos y despierta en la Iglesia y en la sociedad. Así, el carisma agustino recoleto está llamado a convertirse en un punto de encuentro entre muchos que sintonizan con él, creyentes y no creyentes. Por lo mismo, a ser un lugar de enriquecimiento mutuo. El Papa Francisco, hablando de los carismas, dijo: *"No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador"* (Evangelií gaudium 130). Por

lo cual, es probable que el Espíritu Santo nos está pidiendo avivar la fuerza evangelizadora de nuestro propio carisma.

3. ¿Cuál es la proyección del carisma "agustino recoleto" hacia el futuro?

Las comunidades agustino-recoletas que acepten su responsabilidad de ser mediadoras en el Espíritu de la propia espiritualidad harán posible que el carisma siga vivo en la Iglesia. En este contexto de una Iglesia comunión, misión y participación, se espera que el Espíritu Santo conduzca a los hermanos y hermanas al corazón del Pueblo de Dios. Será en esta perspectiva que profundizaremos en nuestra identidad de consagrados como cristianos que están en el mundo, en el corazón del Pueblo, abriendo puertas a lo nuevo de Dios, a su amor y bendición.

El carisma agustino recoleto tendrá futuro cuando, una vez más, nos capture por dentro, nos posea, y nos integre en la danza de las relaciones en la Iglesia. Será difícil que el carisma permanezca vivo y palpitante si quienes lo tratamos de vivir nos encerramos en cuatro paredes por miedo a los judíos (cf. *Juan 20,19*), a los ateos, gnósticos o indiferentes, o a las preguntas molestas que la gente nos hace. Y si hay comunión en el carisma en la propia familia, entonces seremos misioneros del encuentro y la comunión en la sociedad humana y en la Iglesia.

ÍNDICE

Introducción	5
1. Un carisma vivo	5
2. La eclesiología del Concilio Vaticano II	7
3. La teología del carisma y de los carismas en la vida religiosa consagrada	9
a. El carisma de san Agustín	12
b. El carisma agustiniano	15
c. El carisma agustino recoleto	17
4. La familia carismática agustino-recoleta	21
a. Su espiritualidad agustiniana	23
b. Su espiritualidad agustino-recoleta	23
c. Su itinerario de santidad	23
I. La sabiduría de las sabidurías	25
1. Sabiduría de la interioridad	26
2. Sabiduría de la comunidad	27
3. Sabiduría de la eclesialidad	28
II. Espiritualidad de fondo	30
III. Constantes vitales agustinianas	31
IV. Núcleos recoletos dinamizadores	31
5. Para vivir el carisma con esperanza	32
a. Desde la espiritualidad agustiniana	32
b. Desde la espiritualidad agustino-recoleta	33
6. Vínculos entre lo agustiniano y lo agustino recoleto	33
7. Peculiaridades del carisma agustino recoleto	35
Conclusiones	36
Índice	38

Fr. Fabián Martín Gómez, *agustino recoleto*

